

Proyecto de investigación Consciencia y Sociedad Distópica

Comunidad en Telegram. 28 de agosto de 2025

Enlace de suscripción al canal en Telegram: <https://t.me/socdistopica>

EL VERDADERO SENTIDO DE LAS NOTICIAS FALSAS

Desencadenada tras el referéndum sobre el brexit y la elección de Donald Trump en 2016, la gran batalla de los gobiernos liberales contra las fake news parte de una premisa: si la gente estuviera bien informada, votaría correctamente, es decir, a su favor.

Ante esto, Daniel Zamora, profesor de sociología en la Universidad Libre de Bruselas, en un artículo publicado en Le Monde diplomatique en su edición de julio de 2025, se pregunta: ¿Podría ser, por el contrario, que la contestación, a veces descabellada, del discurso dominante exprese una auténtica aspiración popular al cambio?

Días después de la segunda toma de posesión de Donald Trump como presidente de Estados Unidos bajo la benévola mirada de los oligarcas de Silicon Valley, el papa Francisco alertó contra la "desinformación". "A menudo se simplifica la realidad para suscitar reacciones instintivas", decía entonces el sumo pontífice (1). Por más que uno no pueda evitar sonreírse ante la idea de que la Iglesia católica —la de la inmaculada concepción, la resurrección de los muertos o la transformación de agua en vino— se ponga a la vanguardia del combate por la verdad, no es menos cierto que el suyo es un diagnóstico compartido por nutridos sectores del mundo intelectual y mediático.

Desde la victoria del brexit en el referéndum de 2016 sobre la pertenencia del Reino Unido a la Unión Europea, la proliferación de titulares provocativos sobre las "noticias falsas" y la "posverdad" reposa, con alguna que otra variante, en un solo relato: la información jerarquizada por algoritmos que dan preminencia a lo viral, así como la formación de comunidades por afinidad y la fractura entre ellas, refuerzan nuestros sesgos cognitivos y favorecen las informaciones falsas en detrimento de los "hechos". Así, se dice que la esfera pública se ha fragmentado en innumerables "tribus" autorreferenciales alojadas en medios de comunicación también compartimentados: los activistas universitarios recurren a Bluesky y los neofascistas vociferan en X. Hay canales de YouTube y cuentas de Instagram al gusto de cualquier sensibilidad (2). Dado este orden de cosas, se supone que la capacidad de debatir, de escucharse mutuamente y de resolver conflictos por medio de la razón van dejando paso poco a poco a una guerra civil digital alimentada por la ambición política de unos

cuantos multimillonarios. Su principal víctima es la propia verdad; o, para ser más exactos, nuestra capacidad para distinguir lo verdadero de lo falso.

Se considera, también, que esta transformación ha generado dos evoluciones relevantes. La primera ha sido muy bien descrita por el periodista estadounidense Matt Taibbi: ya no es solo que la política haya “dejado de ser una cuestión de ideología para convertirse en un asunto de información”, sino que “en la actualidad, nuestra relación con los hechos es semejante a nuestra relación con las mercaderías: lo que tenemos es un mercado de los hechos” (3). Según esto, en el espacio público, ya no son las ideas las que se ponen a competir, sino los propios hechos, los cuales se valoran al alza o a la baja en función de su capacidad para llamar la atención en las plataformas digitales. El mercado, pues, ha conquistado la esfera pública: lo verdadero es lo que mejor se vende. Por otro lado, al permitir el acceso de los profanos a un ámbito reservado al ejercicio profesional, las redes sociales han roto un monopolio hasta entonces reivindicado por los grandes medios de comunicación. De ahí que se multipliquen los llamamientos a imponer algún mecanismo regulatorio frente a semejante desintermediación con el fin de restaurar la jerarquía del saber y proteger a la población de la mentira.

Aunque hay parte de verdad en estas interpretaciones (y en sus variantes), lo cierto es que dejan mucho que desear. De entrada, extrapolan en gran medida los efectos de la desinformación a las dinámicas políticas contemporáneas. Se concedió una atención extravagante a las falsas cuentas rusas durante la campaña electoral de Donald Trump de 2016; sin embargo, rara vez se señala que el contenido de esas cuentas apenas representó el 0,004% de lo que vieron en su hilo los usuarios de Facebook durante la campaña presidencial (4). En términos más generales, y como apunta un estudio publicado en la prestigiosa revista *Nature* en vísperas del segundo mandato de Trump, los artículos poco fiables correspondieron al 5,9% de las visitas de los ciudadanos estadounidenses a páginas informativas en 2016. Pero, cuando se incluye la televisión, estas solo llegaron “al 0,1% del régimen mediático de los ciudadanos estadounidenses” (5). Por último, otra investigación publicada en *Science* afirmó que el consumo de esas informaciones falsas concierne, sobre todo, a un pequeño grupo de votantes cuyas opiniones son ya relativamente extremas. En Twitter, el 1% de los usuarios acumulaba el 80% de las exposiciones a las noticias falsas (6), lo que significa que no es que fueran llevados a error al dar con una determinada información, sino que buscaron una información susceptible de confirmar su “error”.

La mayor parte de la literatura académica sobre la “desinformación” asume, en realidad, un imponderable: si el público hubiera recibido información “buena”, el Reino Unido seguiría siendo miembro de la Unión Europea y los demócratas estadounidenses aún ocuparían la Casa Blanca. Si la gente se pasara de X al diario *The New York Times*, la historia seguiría otro curso. Este género de estudios también parte del postulado de que una persona bien informada no puede desear el abandono de la UE ni el proteccionismo. Dicho de otro modo: según este modo de ver las cosas, todo cuestionamiento del marco liberal tiene su origen en un desconocimiento de los “hechos”. Este argumento se enfrenta a dos objeciones. La primera es que cabe poner en duda que los partidarios de candidatos más clásicos se vean más movidos por la razón que el resto; la

segunda, que cuesta explicar el singular éxito de la extrema derecha apoyándose en modelos psicológicos.

Tras la Primera Guerra Mundial, en la que combatió como sargento de infantería, el historiador francés Marc Bloch se volcó en el estudio de la génesis y la difusión de las “noticias falsas” que alimentaron el conflicto: “El error solo se propaga, solo se amplifica —analizó entonces el fundador de la escuela de Annales— como consecuencia de una condición: que encuentre un caldo de cultivo favorable en la sociedad por la que se difunde. A través de él, y de modo totalmente inconsciente, las personas expresan sus prejuicios, sus odios, sus lamentos, todas sus emociones fuertes”. Y añadió: “Un acontecimiento, una mala percepción que, por ejemplo, no fuese en el mismo sentido al que se inclina el sentimiento espiritual colectivo, podría como mucho dar origen a un error individual, pero no a un bulo popular de gran difusión” (7).

Esta perspectiva invita a invertir los términos de la explicación. No son los algoritmos ni nuestros sesgos cognitivos los que socavan la legitimidad de las instituciones, sino que es en el declive de esta legitimidad lo que propicia el auge de las aspiraciones más radicales de cambio. Además, la erosión de la confianza en las democracias liberales no provoca una carencia de espíritu crítico, antes al contrario: sectores cada vez mayores de la población consideran que ya no pueden dar crédito a los científicos ni a los expertos, y en lo sucesivo basan sus juicios en una búsqueda personal. En cierto sentido, los escépticos de las vacunas o los seguidores de las teorías de la conspiración están más informados —aunque no necesariamente mejor— que las personas que confían en lo que le receta su médico o en el discurso que ofrecen las instituciones. Si usted cree que el 11 de septiembre fue una maquinación organizada por la Administración de Bush para emprender una serie de “guerras contra el terrorismo”, probablemente haya dedicado un montón de tiempo a analizar documentos y vídeos con el fin de establecer sus propias distinciones entre lo verdadero y lo falso.

Por supuesto, a menos que uno mismo se convierta en un experto en ámbitos a menudo muy técnicos, esta búsqueda está abocada al fracaso. Nuestras relaciones con el saber pasan siempre por una delegación de confianza. Al negarnos a entregársela a los especialistas reconocidos, lo único que hacen los escépticos es orientar su confianza hacia otros actores (influencers, blogueros, etc.) que juzgan más creíbles. Como resume el politólogo Henrik Enroth, “la situación de posverdad no equivale a un rechazo de los hechos o a una degradación de la verdad en cuanto tal”, sino más bien a “una desconfianza generalizada e intensificada” hacia las autoridades al cargo de la instauración del conocimiento. En la era de las fake news, lo que se observa no es “un abandono de la búsqueda de pruebas, sino su búsqueda patológica” (8). La correspondiente fractura no separa, pues, a individuos proverdad y antiverdad, sino a los que mantienen una actitud “personal e impersonal hacia quienes se ocupan de brindar las pruebas” (9). En una sociedad cada vez más desintermediada, donde los individuos ya no son miembros de partidos políticos, sindicatos o asociaciones, nuestra actitud con respecto a la “verdad” también se individualiza. Los algoritmos no son tanto la causa del declive de la identificación política y social de los ciudadanos como los encargados de ocupar el vacío dejado por dicho declive.

EL FRACASO DE LAS IZQUIERDAS

Aunque las transformaciones sociológicas han ahondado la individualización desde la década de 1980, las repetidas decepciones políticas también han tenido su papel en ello. El sentimiento de ausencia de alternativa al liberalismo económico y de impotencia del sector público ha acelerado la desconfianza frente a los cargos electos y sus promesas. La proliferación de expertos mediáticos que, a comienzos del siglo XXI, presentaban sin descanso sus opiniones como una mera constatación de hechos justo cuando internet comenzaba a abrir una brecha en su monopolio, abundó en el descrédito de cierta forma de regulación de los discursos. No es necesario ser un “escéptico de la covid” para darse cuenta de que las normas sanitarias no solo reposan en hechos, sino también en consideraciones morales y en arbitrajes entre libertades y derechos; dicho de otro modo: también son políticas. Cuando esas decisiones se presentan como imperativos científicos, aumenta el riesgo de que se produzca un rechazo más general del discurso científico. Por absurdo y peligroso que sea recusar toda forma de autoridad profesional, su papel de sustituta de la política plantea más problemas de los que resuelve.

Es de ese descrédito del que surge la búsqueda de otras teorías para hallarle sentido a la realidad. La competencia no se establece entre los “hechos” y las “noticias falsas”, sino entre los diversos constructos intelectuales disponibles para dar cuenta de ella. El brexit y la reelección de Donald Trump obedecen menos a una crisis de la verdad que a la del liberalismo y la tecnocracia: la interpretación del mundo que proponen ya no se corresponde con lo que experimentan los individuos, de modo que los tres elementos centrales del neoliberalismo —contractualización de áreas cada vez más extensas de la vida social, sustracción de las decisiones económicas al control democrático y libre circulación del trabajo y el capital— suscitan una creciente hostilidad. Desde la crisis económica de 2008, ambos extremos del espectro político se esfuerzan por hallar el modo de contrarrestarla. La izquierda insiste en las desigualdades y en el declinante poder de lo público y formula una crítica a veces en exceso enrevesada de la globalización, todo ello integrado en un lote no demasiado coherente, en especial cuando de la Unión Europea se trata. La ultraderecha, por su parte, no pone en tela de juicio el orden económico, pero fustiga la movilidad del trabajo y defiende la reafirmación de los valores familiares tradicionales, de la identidad cultural y de las normas morales, vistas como otros tantos diques frente a una liberalización de las costumbres que supuestamente ha socavado nuestro “modo de vida”.

El fracaso de las izquierdas, pues, se debe menos a los algoritmos que a los colosales obstáculos inherentes a su proyecto: la transformación del régimen económico choca con limitaciones mucho más importantes que las políticas identitarias. La primera parece inalcanzable, las segundas resultan fáciles de escenificar por medio de medidas agresivas en materia de inmigración. Donald Trump, Viktor Orbán y Giorgia Meloni deben su éxito no tanto a los “hechos alternativos” como a su teoría política del reemplazo, capaz de abrir ante los ojos de un público amplio la perspectiva de un cambio: un marco nuevo, socialmente tóxico, pero que permite a los individuos interpretar su propio desasosiego. Como señala el historiador Adam Tooze, “comparado con la alternativa de hecho existente hoy en día en Estados Unidos, los demócratas, [el trumpismo] se

muestra más dispuesto a hablar del futuro, y a hacerlo en términos audaces e impactantes" (10). Una estrategia que Trump no ha dudado en presentar como potencialmente aquejada de austeridad, al menos al principio. Como explicaba el pasado 30 de abril, puede que los estadounidenses tengan que optar por comprar solo dos muñecas a sus hijos en vez de treinta, si con ello se logra frenar la importación de productos chinos. El presidente estadounidense no justifica su ambición de reconfigurar el sistema comercial mundial alegando beneficios económicos inmediatos, sino en nombre de una visión política a largo plazo destinada a asegurar la hegemonía de su país. De ahí que no sea posible reducir la victoria del proyecto propuesto por Trump al efecto de tal o cual algoritmo o de injerencias rusas. Y frente a los obstáculos que se oponen a una política de izquierdas —mucho más considerables que el posible racionamiento de muñecas chinas—, acaso no baste con hacer un llamamiento a los "hechos", la "autoridad" o la "razón".

Notas:

- (1) Papa Francisco, 24 de enero de 2025.
- (2) Cf. Lee McIntyre, *Posverdad*, Cátedra, Madrid, 2018; Jonathan Rauch, *The Constitution of Knowledge. A Defense of Truth*, Brookings Institution Press, Washington D. C., 2021.
- (3) Sean Illing, "Matt Taibbi on Donald Trump's strange appeal", *Vox*, 1 de febrero de 2017.
- (4) Olivia Solon y Sabrina Siddiqui, "Russia-backed Facebook posts 'reached 126 million Americans' during US election", *The Guardian*, Londres, 31 octubre 2017.
- (5) Ceren Budak, Brendan Nyhan, David M. Rothschild, Emily Thorson y Duncan J. Watts, "Misunderstanding the harms of online misinformation", *Nature*, Londres, vol. 630, n.º 8015, 6 de junio de 2024.
- (6) Nir Grinberg, Kenneth Joseph, Lisa Friedland, Briony Swire-Thompson y David Lazer, "Fake news on Twitter during the 2016 U. S. presidential election", *Science*, vol. 363, n.º 6425, enero de 2019.
- (7) Marc Bloch, "Reflexiones de un historiador acerca de los bulos surgidos durante la guerra", en *Historia e historiadores*, Akal, Madrid, 1999 (1921).
- (8) Henrik Enroth, "Crisis of Authority: The Truth of Post Truth", *International Journal of Politics, Culture, and Society*, n.º 36, 2023.
- (9) Diana Popescu-Sarry, "Post-Truth is Misplaced Distrust in Testimony, Not Indifference to Facts: Implications for Deliberative Remedies", *Political Studies*, Londres, vol. 72, n.º 4, 2024.
- (10) Adam Tooze, "Trump's futurism", *Chartbook* 380, 6 de mayo de 2025, <https://adamtooze.substack.com>

Lectura complementaria recomendada:

La distopía imperante: mentiras que promueve y certezas que oculta

Autores varios (Adaliz Ediciones; 2024)

Libro nº9 de la Biblioteca del Proyecto de investigación Consciencia y Sociedad Distópica:

<https://adaliz-ediciones.com/21-proyecto-csd>

Web del Proyecto:

<https://sociadaddistopica.com/>

Todos los que compartimos y colaboramos en él lo hacemos en forma gratuita.

Puedes ayudarnos aportando 1 euros al mes a través de la plataforma

Teaming: <https://www.teaming.net/distopica>
